

EL ÁNGEL EN LA MINA

Por **AMOS HASH** como se lo contó **FRANGES SHAFER**

EN 1897 mi hermano y yo compramos un pedazo de tierra en la zona minera del estado de Misuri, Estados Unidos. Queríamos dedicarnos a explotar minas de plomo y zinc.

Se había cavado un pozo de 33 metros en la piedra. Y por debajo de la superficie del suelo, a unos 17 metros de profundidad, se había cavado una galería de acceso al pozo. Fue a esa galería donde bajé por la soga nueva, ese día inolvidable.

Me colgué de la soga que pendía dentro del pozo, dejando que mis manos se deslizaran hasta que dieran con el nudo a cuya altura estaba la galería a la cual quería ir. A medida que bajaba y el peso de mi cuerpo estiraba la soga nueva, ésta empezó a desenroscarse lentamente.

Las sogas nuevas están muy retorcidas antes de estirarse. Ese día no pensé en ese hecho, pero el peso de mi cuerpo estaba actuando como un buen atesador.

A medida que bajaba, la soga se desenrollaba y en mi viaje hacia el nudo me hacía girar. Me sostuve con todas mis fuerzas esperando que terminara ese girar vertiginoso, pero a medida que la soga se atesaba, giraba con más velocidad, y pronto giraba a una velocidad vertiginosa llevándome consigo. Había bajado ya unos 17 metros, y a otros tantos más abajo estaba el fondo del pozo, de roca sólida.

Cada vez giraba yo con mayor velocidad. Mis manos apretaban con más fuerza la soga y empezaban a transpirar. La cabeza daba vueltas y no podía ver nada. Ese nudo era lo único que me separaba del fondo rocoso. No podía ver la abertura de la galería, y era incapaz de salvarme.

Perdí el aliento. Me sentí mareado. Mis músculos no daban más. Entonces se me resbalaron las manos. Oh, Dios -exclamé-, ¡sálvame!

Una mano se extendió y me tomo firmemente por el hombro conduciéndome a la abertura de la galería. Cuando mis pies se asentaron sobre la roca firme, mis manos flácidas soltaron la soga que seguía girando. Una voz bondadosa me dijo:

-Te sientes mal, ¿verdad? -y una mano me condujo junto a la pared, donde me senté sobre el piso duro. Levanté los ojos para mirar a mi libertador. Era alguien a quien nunca había visto antes. Era un joven, vestido con pantalones oscuros y una camisa blanca, limpia. Luego bajé la cabeza, porque estaba todavía muy débil y mareado, y entonces volví a levantar los ojos para agradecer a este nuevo amigo. ¡Se había ido! Había dos maneras de llegar a ese lugar. Una era la forma como yo había venido, y yo sabía que él no había venido por ese camino. La otra era a través de una angosta galería de otra mina que quedaba a unos 220 metros de distancia. Era un túnel muy angosto y sucio. No podría haber pasado por allí ninguna camisa blanca sin que se manchara.

Un estremecimiento me corrió por el cuerpo cuando me di cuenta de que Dios había respondido a mi pedido de ayuda enviando un ángel para libramme.

Nadie me convencerá jamás de lo contrario. Esto ocurrió hace 65 años. Esta experiencia me ha proporcionado fortaleza y fe durante todos estos años de mi vida.

Nunca dejes de acudir a Dios. El te oirá como me oyó a mí.

